

*Memorias*, de PEDRO SUBERCASEAUX.  
Editorial del Pacífico, 1962

Gratísima sorpresa me ha deparado la lectura de las *Memorias* de Fray Pedro Subercaseaux, porque sólo le conocía como pintor e ignoraba su actividad como literato, y sobre todo, como memorialista, porque en tal género se encuentran, como escribe Alone, revelaciones sobre la psicología del país. El señor Subercaseaux era hijo del diplomático, pintor y escritor don Ramón Subercaseaux Vicuña, autor de *Memorias de 80 años*, y de la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux, a quien se debe una interesante obra religiosa.

Como pertenecía a una familia que viajaba constantemente, una vez parte a Europa, contando, a la sazón, con poca edad, pero del viaje recordará las impresiones que sintió en Tierra Santa y en París, donde su patriotismo sufrió duras pruebas, pues concurre a un parque de entretenimientos y allí se exhibía una tribu de africanos. Fuimos a verlos —escribe— y un rato nos entretenimos viendo a los negros con sus cuerpos de azabache, pintados de varios colores, bailando y golpeando sus tamtams. Entre los espectadores, uno preguntó a su vecino de dónde eran esos salvajes, a lo que el otro contestó:

—¡Son chilenos!

Grande fue la indignación que sufrió el señor Subercaseaux, pero el desconocimiento que por entonces se tenía de Chile no ha variado mucho con los tiempos. Siguiendo una tradición familiar muy honrosa y poniendo de manifiesto sus especiales condiciones personales, pintaba y en aquella primera edad recogió muchos paisajes en sus telas. Años más tarde, de regreso a Chile, ilustró durante algún tiempo en las revistas de la Empresa Editora Zig-Zag y en especial las novelas de don Alberto Edwards, que se publicaban en "Pacífico Magazine". Cuenta don Pedro que siendo Ministro de Hacienda, lo llamaba a su despacho para ponerse de acuerdo sobre las futuras aventuras del Sherlock Holmes criollo, Román Calvo; una vez el subsecretario daba fuertes golpes en la puerta, anunciando que un conocido financista deseaba ver al señor Ministro.

—¡Que espere un momento —gritaba Edwards—, que estoy muy ocupado!

Cualquiera se imaginaba que resolvía graves problemas de Estado y no cuestiones intelectuales. Por su parte, el escritor Carlos Orrego Barros refiere que en una oportunidad visitó a don Alberto en su oficina del Registro Civil y conversaban acerca si don Crescente Errázuriz había sido fraile o no. Entró un escribiente para que el Ministro firmara un alto de documentos. Mientras lo hacía repitió en un momento dado:

—Así es que fue fraile, ¿no?

El escribiente que oyó esto quedó espantado, replicando en seguida que lo que firmaba era sólo un oficio dirigido a un juez...

Sus experiencias como pintor no son menos interesantes. La predilección que sentía por los temas históricos lo lleva a ejecutar "El Abrazo de Maipú", que fue adquirido por el Gobierno argentino. Después se presentó a la Exposición del Centenario de la vecina República con dos nuevos cuadros, "El Cabildo de Buenos Aires" y "El ensayo del himno nacional argentino". Reci-

bió calurosas felicitaciones, pero llegado el momento de discernir los premios, le fueron adjudicados los dos segundos, habiéndose declarado desiertos los primeros. Uno de los jurados le dijo, amablemente:

—Todos estamos de acuerdo que Ud. merece los dos primeros premios, pero, por desgracia, ¡Ud. no es argentino...!

De regreso a su patria, le encargan a don Pedro pintar para el Salón de Honor del Congreso Nacional el descubrimiento de Chile por Almagro, en grandes dimensiones. Después de infinidad de dificultades técnicas, la obra quedó concluida, pero se entabló una polémica alrededor de ella, debiendo varios peritos evacuar un informe sobre el particular. "Se discutió, dice el autor, las figuras humanas, los animales, la vegetación y hasta las formas de las nubes del cielo. El profesor Philippi opinó que un perro que aparece en el cuadro es de una raza que tiene las patas muy delicadas, por lo que habría sido difícil a ese animal franquear las rugosas pendientes de los Andes. El historiador Thayer Ojeda, ya anciano y casi ciego, preguntó qué era aquel bulto blanco al centro de la tela, a lo que se le contestó que era el caballo de Almagro. Otro experto objetó que los quiscos tienen flores blancas y no rojas; se le explicó que también crecen parásitos de flor roja en los quiscos y otras plantas...".

Es la protección a las bellas artes y a quienes las cultivan...

Años después de haber contraído matrimonio, el señor Subercaseaux sintió una imperiosa vocación religiosa, la que era compartida por su cónyuge, y de común acuerdo con ella y luego de consultarlo con el Papa, ingresaron a diversas congregaciones religiosas, trasladándose él a Inglaterra a un convento de San Benito; el autor cuenta aquel suceso con una sobriedad digna de la mejor causa. Es el comienzo de otra vida, enteramente diversa a la anterior, lo que justifica describiendo: "La reputación que tenemos en nuestra familia de ser originales, nos da la libertad de hacer muchas cosas que otros no se atreverían a hacer". En el convento sucedían cosas pintorescas, pues casi todos los monjes eran franceses y había un solo inglés, el que se pasaba abriendo todas las ventanas, mientras repetía:

—¡El aire fresco de Inglaterra no hace mal a nadie!

Sí, a nadie que sea inglés, pero como los franceses formaban mayoría, debió el británico ir a otra parte, con su flema a cuestas. Más tarde, conoce a un obispo irlandés de Portsmouth, quien llega a un convento de monjas de Santa Cecilia y al enfrentarse con sesenta de ellas que lo ocupaban, levantándose la mitra en un saludo tan familiar como poco litúrgico, exclamó:

—Good morning, ladies.

Varios misioneros de su orden tratan de llevarle a Fray Pedro Subercaseaux al Africa, a la China y al Japón, pero fracasan en sus intentos. El estaba decidido a fundar un Monasterio benedictino en Chile, su patria, y después de grandes y denodados esfuerzos lo consiguió. Pero antes en Inglaterra había desarrollado una considerable actividad artística, pintando murales de tipo religioso y su bellísima obra *San Francisco de Asís*, que consta de cincuenta láminas a todo color, impresa en Estados Unidos. De visita en nuestro país y muy conocido por su interés en la fundación, el entonces

Rector de la Universidad Católica, don Carlos Casanueva, le pide una conferencia sobre "Vida benedictina". La concurrencia abarrotaba la sala y Fray Pedro se encontró que no podía entrar. Lo empujaban hacia afuera, indignados, a pesar de sus protestas:

—¡Pero si yo soy el conferenciante!

Con todo logró su propósito de fundar el Monasterio benedictino en Las Condes, en la capital, donde en la actualidad reposa. En sus últimos años emprendió una nueva colección pictórica, la vida de San Benito, en catorce acuarelas policromadas, obra aún inédita y que es celosamente conservada en el Convento. Ojalá algún día se haga un estudio sobre su obra y se edite una colección de ellas para justipreciar los esfuerzos de quien pintó nuestras glorias patrias y tantos motivos religiosos.

Mientras tanto, debemos sentirnos muy satisfechos que sus *Memorias* hayan salido a luz publicadas por la Editorial del Pacífico, porque son el testimonio de un hombre, de un artista y de un religioso que prestigió todas las actividades que emprendiera. En ellas no hay revelaciones sensacionales —el autor tenía excelente criterio—, porque en el punto donde la curiosidad aumenta, su repentina vocación religiosa, el señor Subercaseaux guarda una discreción británica; se trata de un hecho estrictamente personal, el que orientó su vida hacia metas que antes no había soslayado, una vida fructífera en beneficio de la colectividad.

Dice la presentación de estas *Memorias* —recorridas por un soplo de vitalidad— que Fray Pedro Subercaseaux jamás intentó ser escritor. Craso error. Escribe Emerson: "El talento por sí solo, no hace a un escritor. Debe haber en cada libro, un hombre". En esta obra maravillosa aparecen buriladas con enérgicos caracteres todas las facetas de su ejemplar existencia.

Tomás P. Mac Hale.

*Andanzas por la Vieja España*, de JULIO ALEMPARTE.

Editorial Andrés Bello, 1961

Muchos chilenos, a su regreso de España, han consignado por escrito sus impresiones sobre el particular, pero ninguno ha hecho una relación tan erudita como la que nos ofrece don Julio Alemparte en sus *Andanzas por la Vieja España*. No se trata aquí de la fresca y amena visión como la que hace poco nos brindara Salvador Reyes en sus deliciosos *Saludos al Pasar*, pues se ha empleado un criterio enteramente opuesto. *El señor Alemparte*, que es autor de una monografía histórica de mérito, *Los Cabildos en Chile colonial*, ha cedido a la tentación de incorporar al texto de su libro copiosos datos relacionados con la historia española, pues a fin de cuentas él es historiador y ha pretendido escribir una obra de peso, alejada de la visión intrascendente que muchos acostumbran dar cuando escriben sobre viajes.

Escribe en el Prólogo el señor Alemparte que "no sólo he querido darme el placer de revivir el viaje, basándome en mi Diario, sino el de complementarlo con citas de más de un centenar y medio de autores, de diversas épocas y nacionalidades, que hacen de este libro un repertorio de datos, sobre todo